

Carlos Bousoño. *El ojo de la aguja*. Barcelona: Tusquets, 1993, 154 pp.

El título de la presente colección alude al poema «Cuestiones humanas acerca del ojo de la aguja» incluida en *Oda en la ceniza* (1967), donde se lamenta el milagro imposible que el poema necesita orquestar para salvarse de la nada. No es el único intertexto bousoñano consigo mismo, ya que «Salvarse en la lentitud» se relaciona temática y onomásticamente con «Salvación en la palabra» y «Salvación en el amor» de *Oda* y con «Salvación en la música» de *Las monedas contra la losa* (1973). El amor vuelve a evocarse dos veces en la colección presente —como parodia de sí mismo y bajo la guisa ya no sostenible del amor cortés— y la música entra una vez, de manera que toda esperanza redentora recae sobre la palabra. En la vejez del protagonista, evocada repetidamente, es lo único que le queda. Según la voz poética, lo que deja de ser palabra poética es condena fatal, y aún la palabra no conlleva garantía ya que, tambaleándose caóticamente entre saltos inmortalizantes y conceptualizaciones nihilistas, tiene la doble potencia de elaborarnos una fe de fuego o condenarnos a un desmembramiento confesional.

Los que todavía recuerdan *Primavera de la muerte* (1946), *Noche del sentido* (1957) e *Invasión de la realidad* (1962) tienen memoria de un Bousoño de dudas religiosas, a la manera de Unamuno o Dámaso Alonso. El tomo actual está dedicado a Alonso y de hecho el poema «Oración inicial del adivino», de resonancias múltiples —Quevedo, Unamuno, Machado—, nos recuerda en sus horrorosas imágenes surrealistas y su interrogación anafórica la composición «Insomnio» con que Alonso inicia *Hijos de la ira*. La asociación no es fortuita, pues los poemas a la Virgen y a Dios Padre que clausuran con sorprendente pero bien justificada fe la colección alonsina encuentran cierto paralelo en algunos poemas de Bousoño —«Frente al mar» el más obvio entre ellos— en que la pequeñez humana encuentra seguridad ante la infinitud de lo cósmico. El cosmos evocado no es tanto impersonal como propopeico y, en contacto con esta presencia «divina» de leyes implacables (varios poemas), el protagonista impenitente confía en que su humanidad ha de ser de alguna manera comprendida. En esta atmósfera de madura religiosidad el protagonista ve en sus sufrimientos un proceso de autodepuración por medio del cual

puede volver a descubrir su humildad y otra vez tenía osadía de llamarse un ser humano. Así, más o menos como en Alonso, hay una constante súplica —a las musas, al cosmos, a 'Dios' por los dones del estoicismo— un estoicismo que el protagonista añora pero que no puede conciliar («La victoria del trueno») y una autocomprensión («Reflexiones últimas») que pueda otorgarle la paz.

Las 40 páginas finales de la colección las constituye el ciclo de poemas titulado «Canto de la salvación» que es un nuevo asedio a la fe afectiva y poéticamente defensible después del supuesto no triunfo de la primera parte. Se presenta aquí el credo de que es necesario abandonar completamente la expresión mimética de los primeros poemas para poder crear actos lingüísticos que nos salven para realizar el sueño de la vida eternizante. El poema clave —ya que es prelude a una explosión afirmativa de composiciones optimistas a favor de la salvación en el minimalismo— es «Concierto de flauta o el rico y el camello», que da la solución al enigma del ojo de la aguja. Aquí por magia musical de la flauta —música que achica las cosas debido al tamaño del diminuto instrumento— un rico montado en camello logra pasar por el ojo de la aguja. Cabe aclarar que la flauta no es otra cosa que el poema. Los demás poemas recalcan esta perspectiva, añadiendo la convicción de que la poesía multiplica tanto las cosas como las relaciones posibles entre ellas, de modo que se produzca una dialogía armoniosa del todo que nos llene de vida y admiración.

Al intentar describir esta magnífica realización, se puede añadir que Bousoño es uno de los pocos poetas de hoy que saben versificar. La conclusión a la cual quiero llegar es que —pese a cierta persistencia en continuar algunos de los clisés existencialistas de las colecciones aparecidas entre 1946 y 1967— la presente es una magnífica muestra de lo evolutivo de la inimitable voz poética de Bousoño, una que combina, como en *Metáfora del desafiado* (1988), la claridad conceptual de *Oda* con la transparencia disémica de *Las monedas*. Es una obra altamente digna de la fina pluma de Bousoño, cuyo dominio de la forma y atrevimiento con las imágenes subrayan la sinceridad, ardor y disciplina que gobiernan sus búsquedas metafísicas y sus problemáticas expresiones de fe.

Ohio University

THOMAS R. FRANZ